

Levantó una vez los ojos del libro y tendió la mirada hacia el poniente. Caía el sol con lentitud y la llanura se iba llenando de colores y de sombras. Allá, a lo lejos, estaba la dehesa. «Los Camberos». Al acabar el capítulo que estaba leyendo reanudaría su marcha en esa dirección. Le llamaba esa tierra que tanto sudor suyo había empapado.

—¡Pobre Lázara! Tiene mucha razón Caba. Era una santa mujer, y me quería, mejor que como esposa, como una madre. Yo era para ella un niño pequeñino, lleno de caprichos tontos. También conoció bien a la «Canora», esa z.... ¿Donde estará su cuerpo?

Acertó a pasar, hacia el pueblo, un hombre, ya engabanado, de cara de pájaro, bastón y corbata. Era Evelio, el curioso y maquiavélico Evelio. Se paró a dos metros de la Cruz y miró al lector con insistencia. La mirada pesó sobre Mesio, porque sus ojos se alzaron del libro y se encontraron con los de su hermano.

—¿Tú?, dijo Evelio.

—¡Yó!, contestó el ex-presidario. ¿No me esperabas tan pronto, verdad? Ya estoy fuera de la cárcel. He redimido la pena por el trabajo. Pero no te apures, hombre, que no tengo intención de molestarte. ¡Ja, ja...!

—¡Ni yo lo consentiría, pateta! Ya tomaré mis medidas.

—¿Medidas? Si el día de «la desgracia» llegas a estar tan cerca de mí como hoy, te aseguro que lo pasas mal. Estaba ciego, y sólo venía contra tí. El «manguela» de Valerio no me había ofendido nunca y yo no lo maté. Fue una fatalidad. Ni en el sumario, ni en la novela esta de Caba se dice la verdad.

—¿Que tú no...?

—¡No hermanito, no! Yo venía al pueblo a ser un nuevo Caín, con razón o sin ella. Me encontré con el matrimonio, y aunque quise darles de lado, la p... de la mujer supo engancharme, ajotando al alelao del hombre contra mí. Intenté escapar, pero ya conoces lo estrecho del camino. Aquél gallina, Dios le perdona, creyó que iba a meterle mano y rodó por el precipicio... Eso fue todo. La bruja de su mujer hizo entonces algo que, todavía, me dá náuseas. Se me ofreció de nuevo. Cómo no le hice caso, comenzó a chillar igual que loca y... ¡ni quise huir! Pensé entonces que aquel bárbaro incidente me ahorraba el trabajo de matarte. Por eso estás vivo aún.

—¡Mientes!

—No miento, Evelio, no. Ya estoy frío y lo mismo me dá tener «razón» que no tenerla. El juez ha dicho de nuestra herencia lo que tenía que decir.

—Te digo que mientes y que tú mataste a Valerio.

—¡Bueno! De haberlo matado, y Este que nos escucha bien sabe que no, ya estaría pagada mi deuda. Mi ángel de la guarda me libró de encontrarte. ¡Vete, hermano, vete tranquilo!

—Que religioso has salido del encierro.

—Sí. He leído muchos y buenos libros. De haber estudiado en Cáceres, cuando estaba en el Instituto, cómo ahora otro gallo nos cantarí a los dos. El Capellán y el Maestro de la cárcel me hicieron mucho bien. ¡Dios se lo pague! No me dá vergüenza decir que cambié. El que parece que no has cambiado eres tú, ¿verdad?

—¿Porqué tengo yo que cambiar?

—Por nada hermano Evelio, por nada. ¿Y tus hijos?

—¡Buenos! ¿A qué preguntas por ellos?

—Ganas de preguntar. Al fin y a la postre son mis sobrinos. No les digas

que me has visto. Ahora mismo me voy para «Los Camberos», según convinimos.

—¡Vete con Dios!

—¡Adiós!, Evelio.

Y cada hermano siguió su camino. El uno hacia la tierra madre, a saborear nuevamente su paisaje, a charlar con las viejas encinas, con los regatos y con los barbechos. El otro a dar cuenta a la Guardia Civil del encuentro...

* * *

El Brigada, Comandante del Puesto, ya sabía la llegada de Mesio. Se había presentado éste a las autoridades para que le visaran los papeles. Los informes eran inmejorables.

.....
TOMÁS MARTÍN GIL.

LLAMAS DE CAPUCHINA

POR JOSE CANAL.

La vida puede darnos más de lo que merecemos, pero no nos da nunca más de lo que deseamos.

El recuerdo es la ceniza que resta de un pasado que se quemó.

Aquel árbol asomaba sus ramas por encima de la tapia curioso de mirar a las muchachas que pasaban por agua de la fuente cercana.

La percha es el patíbulo en que ahorcamos nuestros vestidos y en el que los sombreros son como los cuervos que esperan un festín.

Una vida es poco más que un tacho de calendario; un día un cuento, otro un cantar, otro una oración... el último la muerte.

El día no muere; se duerme nada más.

Un encerado es como una mujer coqueta incorregible. Cualquiera escribe en él a su antojo; pero lo escrito no permanece nunca.

El sambenito blanco con que vestimos al pitillo es la evidencia de nuestro injusto y frecuente auto de fé con el tabaco.

Arreglaban el alcantarillado. Era como si operasen el monstruoso intestino de la ciudad.

La telefónica tiene submarinos hundidos en las calles.

El comerciante es como esa araña que espera en su agujero a que los clientes se enreden en su trampa del escaparate.